

## ***Un proyecto europeo***

Para Óscar Ibáñez, *germanet* en la distancia.

*In memoriam.*

Ooh, oh, ooh, oh. No sabía cómo iba a salir de aquella. Oh, oh, ooh. No sabía si se refería al marrón en el que se había metido con el proyecto de la Westminster, o al estreñimiento que se le estaba convirtiendo en crónico. Ooh, ooh, oh. No sabía cómo iba a salir de aquella. Boqueando, se dijo. ¡Menuda gilipollez! Si sólo boquean los peces, o los heridos de bala antes de morir en las malas novelas. Ah, ah. ¡Al fin! Un par como de cabra. Algo es algo, mientras vaya saliendo, pensó. Seguro que con su otro problema no lo iba a tener tan fácil.

Regresó a su ordenador y continuó con la búsqueda: ¿Cómo hablan español los rumanos? No, así no iba bien. Era una pregunta demasiado sofisticada para Google. Aproximadamente 1.390.000 resultados mostrados en apenas 0,13 segundos y seguro que ni uno le servía. Su pregunta inicial no le había funcionado mucho mejor: 335 páginas con la palabra *rumañol*, esa jerga de rumano cruzado con el español, y en ocasiones aderezado de catalán, sobre la que debía cerrar un estudio sociolingüístico. Las recorrió todas, navegando durante horas hasta pasadas las doce de la noche, y no encontró nada de provecho. Nada que le permitiera avanzar en su investigación sobre ese nuevo dialecto cuyas primeras conclusiones debía entregar el lunes, en apenas 72 horas. Habían pasado casi tres meses desde que recibió la primera aceptación, pero seguía sin tener más idea sobre el rumañol que las conjeturas iniciales que le sirvieron en su día para presentar el proyecto y para entrar a formar parte de la red europea de excelencia en innovación filológica, un consorcio universitario liderado por el departamento de Lenguas de la University of Westminster para analizar la interrelación entre las hablas del Viejo Continente. Esto de Internet es una mierda, maldijo. Una mierda pinchada de un palo. Venga y venga las páginas, para nada. ¿Cómo es posible que nadie haya publicado algo que valga la pena? Se encendió otro cigarrillo, buscando el consuelo entre sus brasas, y siguió clicando durante un rato en los más variados contenidos que aparecían agregados bajo el mismo criterio de selección.

El chirrío desarticulado de varias trompetas afinando le sacó de cuajo de su embotamiento frente a la pantalla. El grito nervioso de un saxofón dio paso a un bocinazo discontinuo por parte de otro y en unos segundos los dos saxos se enzarzaron en una discusión que fue subiendo un tono en cada réplica. La jarana iba creciendo en desconcierto hasta que se sumó el bombo y estalló en un repertorio de fognazos. A ver quién se concentraba así. Viernes víspera de Magdalena y él haciendo el capullo con ese trabajo que no había manera de arrancar. ¡Joder, Luisito, es que siempre estamos igual! Siempre a última hora, murmuró para sí. Frente a su ventana, en la calle Herrero, la charanga que iba a velar el paso de los Moros de Alquería continuaba su locura estridente y juerguista ajena a todos, hasta de los mismos miembros de la comparsa que tenían que acompañar y que ya habían empezado a formar en fila de a dos. Hay que joderse; es que hay que joderse, continuó lamentándose. Estos tíos de marcha y yo aquí, pringando con la mierda ésta del informe que no sirve *pa na*. Bueno, sí, para que se me cabreara Arnau por no haberlo incluido en el proyecto y me amenazara con echarme a la calle –a la puta calle, exactamente- si no lo metía en el grupo europeo. ¡Como para no superar ahora la evaluación del lunes! Pegó una calada profunda, hasta notar que el humo se expandía más allá de sus pulmones y lo arrasaba todo. Sabía que no tenía marcha atrás. Debía preparar un documento lo suficientemente convincente para que los evaluadores del VII Programa Marco de la Unión Europea para la I+D+i le aprobaran los fondos. Sólo así podría mantenerse en la red de la Westminster e incorporar a Arnau de Vilanova, su director de departamento, en el proyecto. Si lo conseguía, los euros de Bruselas le permitirían mantener su puesto de profesor asociado a tiempo completo en la Universitat Jaume I y hasta tener algún becario, o incluso varios. Eso estaría bien, sí, pero por el momento debía concentrarse para salvar su culo el lunes.

En la calle, el ejército de músicos de Pancho Villa cesó en su cháchara y al compás turbio del jefe de la *filà* se arrancó con un claro y poderoso *Paquito el Chocolatero* que inundó toda la calle con su ritmo. Los cristales de su ventanal retumbaron como en una *mascletà* y no pudo evitar que se le erizara el vello ante aquella explosión de juerga en estado puro. Venga, va, idos ya y a ver si puedo trabajar de una vez, musitó. Como si obedeciese su orden muda, la charanga empezó a desfilar con paso lento seguida por toda la tropa de Moros armados con cirios y acompañados de sus señoras, mujeres o amiguitas de turno, en un tropel animado y chillón. Poco a poco, el eco de la música y

de las voces se fue diluyendo al girar por la calle Antonio Pons hasta desaparecer absorbido por la noche.

Antes de volver a su mesa de trabajo, se fue hasta la pequeña zona de su estudio que llamaba la cocina y se sacó una cerveza de la nevera. Un tercio de Estrella Galicia 1906. Bien fría, bebida en botella. Con todo su cuerpo, amarga, con su sabor fuerte cayendo a golpe por la garganta hasta notar cómo sus 6,5 grados empezaban a calentar su estómago. Es Magdalena, ¿no? ¡Por los viejos tiempos!, exclamó al silencio mientras levantaba el botellín para brindar con su soledad. Pegó otro sorbo largo y se sentó de nuevo ante su portátil desvencijado, pasando páginas con el ratón. Es que no hay nada, nada. A ver qué cojones les cuento yo el lunes en la Universidad de Valencia a los ingleses. La desesperación iba creciendo a medida que se iba bebiendo la cerveza, de prisa, para no darle tiempo a calentarse. Y tras el primer botellín, el segundo, y después, el tercero. Los tres en apenas media hora.

De repente, entre los resultados que empezaban a sucederse turbios ante su vista tropezó con una luz: “El habla de los rumanos en España, ¿hacia una nueva modalidad lingüística románica?”, un enlace que dirigía a la Facultad de Filología de La Laguna. ¡Sí, sí, sí!, exclamó en voz alta, como un hinchado desbordado de satisfacción, pero la página final resultó ser un mero listado de conferencias y comunicaciones sin ningún contenido concreto. ¿Pero están locos estos tíos?, le dijo a su portátil, claramente sobrepasado por las cervezas que había ingerido. ¿Pero para qué publican nada si luego no cuelgan el documento? *Pa joder*, ¿no? ¡Mira! ¡Mira qué tengo! Y luego, ¡zas!, nada: ¡Jódete, lorito! ¿Pues sabes qué te digo? ¡Una mierda *pa* ti!, y cerró la tapa del ordenador con un golpe seco y fuerte, incontrolado. Incipientemente borracho, como se dijo a sí mismo que se sentía, buscó su móvil por encima de la mesa hasta que lo rescató de un torrente de papeles malogrados. La pantalla, que miraba con un movimiento basculante de cabeza, le informó que faltaban todavía tres minutos para las dos de la madrugada, que el teléfono seguía en silencio, igual que lo dejó cuando se sentó a trabajar por la tarde, y que durante ese tiempo había recibido seis llamadas y dos mensajes, uno de voz y otro de texto. Miró la lista de las perdidas y viendo los nombres no necesitó consultar el buzón de voz: cuatro de Andrés, una de Chemita y otra de Ros. Seguro que el mensaje en el contestador era una bufa que no valía la pena reproducir. El de texto, por el contrario, resultó mucho más satisfactorio: “¿No notas el cosquilleo de

la Magdalena? Estamos en Bacalao con unos roncitos recién puestos y hay uno que lleva tu nombre.” El mensaje venía del móvil de Juan Ros y lo había enviado hacía menos de quince minutos, pasada la una y media de la noche, por lo que era muy probable que siguieran allí, tomando, a menos de diez minutos de su casa. La tentación era demasiado grande, tanto como su hastío por la búsqueda infructuosa. Lo mejor que podía hacer era salir con sus amigos y esperar a afrontar su problema con mayor fortuna al día siguiente, aunque fuera bajo una resaca monumental.

Dicho y hecho. Cambió las zapatillas caseras por unas viejas náuticas, se perfumó innecesariamente y se enfundó en la cazadora vaquera que aún conservaba de sus tiempos de colla, cuando tenían su propio garito festero en el que hacían bailar como malditos a media ciudad. El espíritu reycoperero sigue vivo, se dijo, guiñándose un ojo en el espejo del ascensor. Frente a él iban y venían parejas y grupos sueltos, dispersos, que a veces se juntaban y luego se volvían a separar, unos cantando, otros hablando a voces, cada vez más numerosos a medida que avanzaba por Asensi hacia la calle Luis Vives, literalmente tomada por una muchedumbre ansiosa de juerga. Era una calleja estrecha que se había cortado al tráfico y en cuyo extremo una orquesta cualquiera lanzaba sus vatios a todo meter como si fueran verdaderas armas de destrucción masiva. Ajenos al ruido, o envueltos distraídamente en él, cientos de individuos bebían, fumaban y hablaban los unos con los otros, en un cruce continuo de personas entre la calle y las collas de Bacalao y El Pardal, llenas a su vez de jóvenes y no tan jóvenes que bebían, fumaban y hablaban los unos con los otros. Algunos hasta bailaban al ritmo abrasivo de la orquesta, o de las músicas igual de pachangueras y canallas que retumbaban en el interior de los locales. ¿A ver quién encuentra aquí a estos?, pensó mientras avanzaba por el pantano humano en el que iba saludando a cantidad de gente que sólo veía en Magdalena y a otra tanta que únicamente esos días era capaz de dedicarle algún gesto de amistad o simpatía. Ya en medio de la marisma divisó al fondo a sus amigos más altos, a Tico Ortells y a Tico Navarro. Junto a la barra, claro. Y ahí estaban todos: el Chino, Planchadell, Andrés, Chemita, Juan Ros y Juan Vilanova, los dos Ticos y Dieguito. Vamos, que sólo faltaba él para completar la cuadrilla que hacía más de 20 años se había juntado por primera vez para abrir su primera colla en un bajo abandonado del padre de Dieguito, en la calle Gracia.

-¡Hombre, Frigodedo! –Le recibió Chema con su antiguo apodo de guerra.- ¿Qué pasa, tío? ¿Pero esto son horas de salir?

-¡Joder, Luisito! –Le increpó Juan Ros, con una palmada de saludo en el hombro.- Para un día que nos dan libertad las mujeres, y tú pasas de los colegas.

-No he podido venir antes. –Balbuocé.- Tenía trabajo.

-¡Trabajo! ¡Esa sí que es buena! ¡Trabajo! –Se rió el Chino, ofreciéndole un vaso de plástico.- Venga, tómate uno. Que este ron está muy bueno, este ron.

-Vale. Pero en serio, tenía trabajo.

-Mira que sois raritos ahí en la UJI. –Se les unió Andrés con su tono burlón de siempre.- Todo el año sin trabajar y os tenéis que poner el primer viernes de Magdalena. Anda, que ya os vale.

-Bueno, es un rollo de un proyecto europeo. Tengo que presentar un informe preliminar en la Universidad de Valencia, el lunes. Vienen unos auditores de Londres, a que les explique.

-¿Unos auditores de Londres?, ¿el lunes? ¿Y aún estás sin el informe? ¡Pelao! ¡Estás pelao, Luisito! –Se rió Andrés.

-¡Ieeep! –Les cortó Planchadell, claramente afectado por el alcohol.- Dejaros de historias y que beba. Que te llevamos varias de ventaja.

La copa se le evaporó en nada, entre el calor del ambiente y los sorbos rápidos con los que buscaba calmar su sed y sobre todo su ansiedad. ¡Eh, *cap* de buque! Pide otra ronda, que hoy estamos sueltos, le gritó el Chino que venía de la caseta de tickets con un puñado de vales en la mano. Se giró para llamar a la camarera y se la tropezó de morros apoyada en la barra, con los brazos cruzados y una media sonrisa de guasa: Hola, Luis. ¿Qué vais a querer? ¡Joder, una alumna!, se dijo y la moral se le cayó hasta los tobillos. Si es que ya no tenían edad para salir de marcha. Desde que empezó a tener alumnos que habían nacido después de Naranjito se sentía acabado, sobre todo si se los encontraba de fiesta. ¡Uy!, ¿qué tal?, le contestó incapaz de recordar su nombre y simulando un pequeño gesto de alegría. ¿Qué haces?, le preguntó del modo más estúpido, sin que ella se molestara en responder ni en variar su mirada burlona, y enseguida le pidió la bebida para intentar cambiar de tema: Ponme diez rones con cola, por favor. Negros, los rones, y forzó una nueva mueca de cumplido hasta que ella se dio media vuelta para servirle las copas.

-Bonito culo. –Le susurró Tico Navarro, con una voz al mismo tiempo cómplice y burlona.- ¿Y tú a ésta de que la conoces, pillín?

-Es una alumna. De Publicidad. –Le explicó con el tono más neutro del que fue capaz, intentando no dar pie a los típicos comentarios corrosivos que esa explicación solía provocar en sus amigos. Aún así no pudo apartar su mirada de aquellas nalgas prietas, que contoneaba con el movimiento de botellas. Lo cierto es que tenía un trasero hermoso, realzado por unos pantalones negros, bien ajustados, y sobre todo por aquellos tacones que la levantaban medio palmo del suelo y que tensaban sus glúteos, endureciéndolos.

-¿Pero tú te lo debes pasar poco bien ahí, no? –Tico Navarro entró al quite sin pensárselo.- Todo lleno de chiquitas en flor y tú diciéndoles: pasa por mi despacho, que hay que revisar el examen. Y ala, ¡venga a revisar! ¡A revisar!

-Sí, bueno, ya sabes. La fantasía de hacértelo con tu profe y todo eso. –Le contestó cansino, sin querer contradecirle para no hacer más grande la broma y porque pensó que si le contaba su verdadera vida sexual igual la juerga acababa en tragedia, o al menos en depresión.- A las alumnas les vuelve locas la idea. Les tengo que poner freno, que si no me dejan seco. –Y se chupó los mofletes hacia dentro para reforzar la ironía.

La chica dispuso los diez vasos de plástico frente a ellos y los regó escuetamente con una botella de dos litros de Coca-cola, sin llegar a acabársela. ¿Si queréis algo más?, les preguntó con una sonrisa amplia que realzó su atractivo. Y tú, me dices. ¿Si y tu quieres algo más?, y se le quedó mirando con toda la potencia de sus ojos negros, acristalados, cuyo brillo competía con el reflejo de los rizos engominados de su cabello, sin aclararle si la pregunta era retórica o escondía algún otro sentido. Gracias, le contestó, aún atrapado en su mirada, y entonces recordó su nombre: Nicoleta. Nicoleta Filipescu, la alumna rumana que le había sorprendido con uno de los mejores trabajos que había visto en el primer semestre del curso. Y de repente, como una pedrada a tiempo, la inspiración le hizo ver la luz: ¡Claro! ¿Cómo no lo había pensado antes? Seguro que ella le podía dar toda la información necesaria para su informe preliminar. Si el rumañol existía, ella debía de hablarlo. Y sino, pues se lo inventarían. ¡Qué más da!, se gritó a sí mismo, envalentonado por el ron. Seguro que los burócratas de Londres no sabían más de lo que ella pudiese contarle. Como sabiamente le había enseñado su director de tesis, lo importante es especializarse tanto que no haya nadie que sepa más que tú de esa materia, por insignificante que sea. Y si no hay nada de esto en la Web, seguro que he dado con un filón, pensó.

La camarera seguía frente a él esperando una respuesta, ajena a sus espléndidas digresiones aceleradas por el alcohol, a punto de migrar su sonrisa en decepción. Mi turno acaba ahora. ¿Por qué no me llevas a algún sitio?, le escopeteó sin más, y tuvo que hacer un esfuerzo para no caerse del mareo. El estómago se rebotó con el leñazo y todo el ardor del ron le llegó de golpe al cerebro. A ver si al final voy a tener razón y están todas locas por hacérselo conmigo y no me he enterado hasta ahora, se dijo en un arranque de optimismo que sólo se apoyaba en los dos rones y tres cervezas que llevaba encima. La chica no era estrictamente guapa, pero tenía un punto especial, un rollete entre sugerente y directamente morboso en el que no se había fijado antes y que le empezó a provocar un deseo creciente de acercarse a ella. Además, la necesitaba para conocer el ruamañol, se dijo para justificarse. Sí, claro, vamos, se arrancó al fin. Y ante la mirada atónita de sus amigos, que ni siguiera fueron capaces de abrir la boca para lanzarle un puñal, Nicoleta dio la vuelta a la barra, se acercó hasta el grupo y se lo llevó de la mano, perdiéndose juntos entre la multitud.

Caminaba deprisa, pese a los tacones largos y afilados igual que un punzón, como si llegara tarde a otra cita. Con esos tacones podría matar a un hombre, pensó, y se maravilló de su habilidad para mantenerse erguida sobre los mismos mientras él tenía que hacer verdaderos esfuerzos para andar recto. Subieron por Escultor Viciano hasta la calle Mayor y la cruzaron entera hasta la placeta de Las Aulas, sin apenas hablar, más allá de algún suave pero imperativo ¡vamos, vamos! de ella cuando él se paraba a tomar aliento o apurar la copa de plástico que se había llevado de Bacalao. Nicoleta le llevaba de una mano, arrastrándolo cuando no era capaz de seguir su paso rápido y continuo, mientras él aprovechaba cada estirón para mirarla, disfrutando de su belleza fugaz, satisfecho de verse envuelto en esa escena propia de adolescentes enamorados que llegan tarde para amarse en el portal de despedida. La Magdalena siempre es un viaje en el tiempo, se dijo envuelto en recuerdos y brindó consigo mismo, apurando su copa de un trago y tirando el vaso al suelo.

Atravesaron la multitud que abarrotaba la plaza al mismo ritmo desesperado, sin el menor miramiento con la gente que iban empujando o pisando, hasta llegar a la puerta de Rei Barbut, donde un armario humano sólo dejaba pasar a los miembros de la colla y a sus acompañantes. Nicoleta y el portero intercambiaron unas pocas frases en rumano, que no fue capaz de entender, tras las cuales ella volvió a tirar de él y lo metió dentro

del local donde una música estridente reverberaba por todas las paredes. Fueron directamente hasta la barra, donde ella pidió por los dos. Bebieron deprisa, extenuados por la carrera y también por la urgencia de sentirse cómodos en su mutua compañía. Me encanta este sitio, le susurró ella al oído y se puso a bailar siguiendo las guitarras frenéticas de Dinosaur Jr. Bebieron y bailaron durante un tiempo indefinido que no supo calcular. La música dominaba el cuerpo de Nicoleta, que marcaba su propio compás desbocado y alucinógeno, como si en cualquier momento fuese a llegar al éxtasis. El sudor florecía por su cara y su pecho, mojando la blusa escotada que se le adhería a la piel, y de cuando en cuando acercaba su rostro al de él para tararearle un fragmento incomprensible de canción o lanzarle un grito agudo de furia. Él la acompañaba en el baile con menos intensidad y cuando Nicoleta se le acercaba aprovechaba para llenarse de su olor y rozar sus mejillas, hinchado por los equívocos que ese pequeño gesto podía provocar entre las decenas de conocidos que bebían y bailaban en el interior de la colla.

En un momento indeterminado, un nuevo armario similar al de la puerta, pero enfundado en un polo color naranja chillón y con una llamativa pulsera de oro en la mano derecha, se acercó hasta ella y la hizo parar de bailar con un ligero movimiento de cabeza. Voy al baño, le dijo y desapareció con el desconocido hacia las puertas que conducían a los lavabos. Él aprovechó para ir de nuevo a la barra y pedir otros dos rones, que evidentemente no necesitaban ya. En cuanto los sirvieron apareció Nicoleta de nuevo, sola, sin su misterioso acompañante, y le pidió que se fueran. Es tarde para mí. Mañana trabajo, le dijo con voz seria y el semblante cansado. Acabo de pedir, le tentó acercándole la copa. Ella la cogió y la remató en tres sorbos rápidos. La trompeta abocinada de The White Stripes chirriaba de fondo el tema *Conquest* y él no pudo evitar sentir una punzada cuando ella continuó el alarido desvaído e intenso de la cantante. Me encanta este sitio, sonrió, cortando en seco su abandono en la música. Es tarde para mí. Guárdame esto hasta mañana, y le metió en el bolsillo del pantalón un pequeño monedero de Tous de cuero rosa fucsia. Su mano derecha se entretuvo dentro del vaquero un instante, acariciándole el muslo y algo más con sus dedos pequeños y rápidos. Así seguro que me buscas mañana, y le guiñó un ojo. Por la tarde trabajo en el Mesón, en la caseta Castillo Peñíscola. Y por la noche, en Bacalao. Hasta las dos. Le dio un pico tan breve que ni lo notó y se marchó sin mirar atrás.



La siguió por toda la plaza, atravesándola entera hasta la calle Caballeros sin conseguir alcanzarla. En el cruce con San Luis un BMW antiguo, grande, de color oscuro, la esperaba con el motor encendido y una de las puertas traseras abierta. Ella se giró y le gritó: ¡Mañana! Hoy es tarde. Se subió al coche y éste salió haciendo gemir sus neumáticos para ahuyentar a la gente que deambulaba de un lado a otro de la calle.

Se quedó noqueado por la situación, balanceándose suavemente hacia delante y hacia atrás. Esto sí que es tener suerte, pensó. Ni rumañol, ni chica. Doble o nada: Nada, y abortó una carcajada de autocompasión con un bufido seco. Llevaba todavía la copa que había sacado de Rei Barbut y la engulló de golpe, confiando en que el alcohol arrasara definitivamente su conciencia.

-¡Eh, Frigodedo! ¿Qué pasa, tío? ¿Qué todavía estás revisando exámenes? –La carcajada sonora y brutal de Tico Navarro retumbó en su cabeza como si tocase el bombo con ella. La resaca era peor de lo que esperaba. Ni siquiera pudo insultarse por haber cogido el móvil cuando estaba seguro que no habían pasado ni cinco horas desde que se había acostado.- ¡Reacciona, hombre! ¿O es que no puedes hablar? ¿No me digas que aún tienes a la pibita esa ahí, en casa? ¡Luisito, joder! ¡Eres mi héroe!

-No. –Le contestó con un sonido gutural que le costó expulsar.- No, no está aquí.

-Ya, bueno. Oye, ¿que no te vas a levantar hoy, o qué? Que no hayas venido a la *masclètà*, pase, que tú nunca has sido mucho de tradiciones. Pero macho, que son ya las seis de la tarde y nos tenemos que preparar para ir al Mesón. Vamos, digo yo. Que hoy salimos los dos solos, que los demás han quedado con las mujeres. Podríamos quedar con alguna de tus alumnas. Si quieres, yo te ayudo a revisar exámenes. –De nuevo la risa retumbó en su cerebro como un torrente de puñetazos.

-Las seis. Las seis. –Repitió, completamente grogui, esperando que las palabras le ayudaran a tomar conciencia. Había dormido más de doce horas y se encontraba como si tuviese un equipo de demolición trabajando en su cabeza. Se encendió un cigarrillo para que le ayudase a pensar y la tos que le provocó estuvo a punto de hacerle vomitar. Persistió, seguro de los efectos de la nicotina, y al fin empezó a aterrizar en la realidad: Dame una hora. No, mejor a las siete y media. Sí, a las siete y media en la caseta de Castillo de Peñíscola. –Colgó sin esperar respuesta, y apurando el cigarrillo se fue

directamente al cuarto de baño, a buscar la resurrección bajo un potente chorro de agua fría.

Recuperado casi plenamente tras la ducha, recién afeitado y vestido con ropa limpia, se bajó a la calle con la urgencia de encontrar de nuevo a Nicoleta. No sabía si tanto por empezar a contar con material para su informe como por recobrar el brillo de sus ojos y su sonrisa franca, llena de vida. Tenía ganas de verla. Muchas. Y ese impulso es el que le llevaba lanzado por Gobernador y Rafalafena en dirección al Mesón del Vino, donde llegó todavía inundado de una ilusión que no se explicaba. El recinto de la calle Columbretes estaba ya abarrotado de grupos más o menos compactos que compartían botellas de todo tipo de caldos junto con platos de plástico desbordados de cacahuets y *tramosos*. Se dirigió directamente hacia el puesto de Castillo de Peñíscola, que ocupaba un espacio doble al final del pasillo, y apenas se entretuvo saludando con un pequeño arqueado de cejas a los contados conocidos con los que se cruzaba. Tico Navarro no había llegado todavía, así que aprovechó para situarse rápidamente delante de la caseta en la que esperaba ver a Nicoleta.

La barra estaba vacía, pero al instante apareció de detrás de la cortinilla que resguardaba el almacén una chica alta, morena, de ojos saltones y rasgos poco agraciados y conocidos. ¡Oh, no! Otra alumna, se maldijo. Gemma Rodríguez, delega del grupo de Quinto de Publicidad, desbordó su habitual incontinencia verbal y lo arrolló con dos sonoros besos en la cara nada más verlo: ¡Luis! ¡Qué alegría! ¿Qué haces por aquí? ¿Estás solo? ¿No me digas que has venido a verme? ¡Esto sí que es una sorpresa! ¿Te pongo algo? ¿Tinto, blanco? Dime, ¿qué quieres? ¡Jolín, que alegría!

-Sí, bueno. Un vino, sí. Tinto, gracias. Estoy esperando a un amigo. –Intentó cortarles, sin hacer el menor esfuerzo por mostrar una alegría por verla que no sentía. Se giró hacia la multitud, deseando que su amigo no tardara demasiado, y se encendió un cigarrillo para establecer una distancia con ella aunque fuera de humo.

-Pero, bueno, cuéntame cosas, Luis. Cuéntame. Esto de ver a un profesor fuera de clase está muy bien. Ya lo creo. ¡Qué alegría! ¿Sabes que me encanta tu asignatura? Sí, sí, en serio. La publicidad no es nada sin el lenguaje. Ya lo creo. Pero, dime, ¿con quién has quedado? Con un amigo, me has dicho, ¿no? De fiesta un rato, ¿no? Muy bien, oye. Muy bien.

-La verdad es que había quedado con Nicoleta. ¿No está? –Le soltó completamente harto de su verborrea y de su timbre agudo que se le clavaba como el repiqueteo del pájaro loco.

-¡Ah, Nicoleta! –Le contestó entre estupefacta y molesta.- No lo sabía. No, no lo sabía. ¿Habías quedado con ella? Pues vaya. Hoy no ha venido a trabajar, no. Es una chica mona, sí, y muy simpática, pero me parece que para el trabajo es otra cosa. Y eso que es rumana, ya sabes. Estos para el trabajo son gente muy seria y muy trabajadora, muy cumplidora. Pero esta chica... No sé, me da a mí que no. ¿Así que habíais quedado? Pues no sabía, no. No ha venido por aquí en todo el día. Ni ha llamado, ni nada. Muy informal, ¿no te parece?

-Voy a ver si veo a mi amigo. –Le atajó, pensando que no iba a sacar nada en claro. Si no estaba allí, la buscaría luego por Bacalao, pensó y se retiró hacia un lateral de la caseta para escapar del chorro de su apreciada delegada.

-¿Buscas Nicoleta? –Le preguntó una voz masculina y poderosa que le entró por la espalda.

-¿Eh? –La construcción de la frase con objeto directo le chocó tanto que al principio no la entendió y cuando al fin lo hizo se quedó pensando en la anécdota lingüística más que en la propia pregunta.- Sí, sí. –Contestó al fin.- ¿Sabes dónde está?

Sin responderle ni mirarle siquiera, el joven musculoso y alto al que pertenecía la voz lo empujó con fuerza contra otro tipo de similares características y entre los dos lo levantaron del suelo y lo llevaron en volandas hasta una furgoneta negra y sucia que estaba aparcada al otro lado de la acera. No tuvo tiempo ni de reaccionar. Sólo cuando vio abrirse la puerta y entendió que lo iban a lanzar dentro se decidió a exclamar un grito de auxilio, que enseguida quedó ahogado en la mano sudada y con olor a óxido con la que uno de los dos gorilas le tapó la boca. Se sentaron los tres en la parte trasera de la furgona, de tal manera que quedó atrapado entre aquellos dos cuerpos de granito sin poder moverse. Al golpe de la puerta le siguió otro en la ventanilla de cristal que separaba la bodega de la cabina del conductor, y tras el cual el vehículo se puso en marcha de manera suave. Nada más arrancar siguió con su intento de protesta, pero pronto cejó al comprobar que era en vano. Estaba totalmente inmovilizado por aquellos dos toros que le bloqueaban con fuerza contra el asiento y todos sus gritos quedaron también atrapados en el interior del coche. Pasaron por varias calles que identificó vagamente y que no supo nombrar. Como buen castellonense, sólo conocía cuatro vías

principales: Rey don Jaime, Enmedio, Mayor y Gobernador, más allá de las cuales el nombre de las travesías era una referencia totalmente inútil.

Al cabo de un rato que no fue capaz de medir con exactitud, el vehículo paró al fin frente a una especie de nave que parecía un antiguo almacén de naranjas. Debemos estar a las afueras, pensó, sin tener la menor idea de en cuál de ellas. Sus dos acompañantes lo sacaron de la furgoneta sin mediar palabra y entre forcejeos lo llevaron hasta la puerta del tinglado donde otro armario inflado a base de hormonas guardaba el paso. Bunã seara, les saludó en rumano abriéndoles el camino a una inmensidad oscura en la que brillaban a lo lejos unos rallos de colores y en la que una música machacona lo inundaba todo. Le costó que la vista se habituara a la escasez de luz, pero aún así pudo adivinar que se encontraba en un tugurio que aspiraba a ser al mismo tiempo un pub, una discoteca y un garito de timbas, y en el que un público variopinto y bastante numeroso se distribuía entre las distintas zonas o ambientes en los que parecía dividido el local. Sus dos acompañantes lo arrastraron hasta una esquina en la que un banco con forma de luna creciente abrazaba una mesa llena de bebidas. Lo metieron dentro del semicírculo y se sentaron con él sin que nadie se atreviera a abrir la boca.

-Buscabas Nicoleta. –Le dijo con un tono indefinido entre la afirmación y la pregunta uno de los tres personajes que se encontraban sentados antes de que llegaran. Era un hombre joven pero envejecido, excesivamente delgado, con la piel pegada a los huesos de la cara y un flequillo largo, lacio, cayéndole sobre una frente prominente y fea.

-Sí. Y me gustaría saber porqué me han traído aquí. –Le contestó con un imprudente tono de enfado.

-Claro. Todo en su tiempo. –Le replicó su interlocutor sin inmutarse, con la mirada perdida más allá de la mesa, y una voz pausada y segura.- Ahora, noi queremos saber qué hacías con Nicoleta. Por qué habéis quedado.

-¿Pero tú quién eres?, ¿su novio? ¿Pero por qué te tengo que explicar yo a ti nada? ¿Qué es esto, hombre? –Y su subida de voz acabó ahogada en un quejido mudo cuando sus dos guardaspaldas le retorcieron las muñecas sin el menor cuidado.

-¡Respectul! -Chilló en su idioma.- Tú nos desplaces. Noi te hemos invitado aquí para hablar, para conocernos. Porque los dos queremos lo mejor por Nicoleta, ¿no? Y tú te enfadas y nos gritas. Y eso no nos gusta, no. –Cogió aire, para serenarse o al menos para dar esa impresión.- Dime, ¿por qué habéis quedado? No te preocupes. –Le dijo mirándole por un momento a los ojos, buscando una complicidad que era incapaz de

conseguir.- No te preocupes. Eu non sunt el novio de ella. No problomo. Por mí no hay problema. Eu sólo sunt su jefe. Ella trabaja aquí y hoy no ha venido. Si falla, falla mi *bisnes*, eso es todo. –Con un giro de cabeza le indicó que mirara al fondo del local, donde una chica joven bailaba en top-less alrededor de una barra vertical.- Si no viene, sólo tengo a Mariana, y una sola chica no es bueno para el *bisnes*. No, no es bueno. Lo que haga en su tiempo libre, no me importa. Pero aquí tiene trabajo y tiene que venir. Por eso quiero saber. Por eso, dime: qué hacías con Nicoleta, por qué habéis quedado.

-Soy su profesor. –Declaró, sorprendido por la habilidad de su alumna para dejar plantados los trabajos.- En la UJI, en la Universidad, aquí en Castellón. Soy su profesor en la Universidad.

-Entiendo. Ya entiendo, ya. –Pese a su acento, lo dijo con el mismo tono de ironía que había empleado su amigo Tico Navarro unas horas antes y que remató con un guiño forzado de ojos y una sonrisa: Una cita entre profesor y alumna, ¿verdad?

-No. Bueno, sí y no. Vamos, que sí pero no. Que no es lo que parece. No es lo que cree. Vaya, que sólo somos amigos. –Lo dijo con un tono de cabreo al final, enfadado consigo mismo por reforzar el equívoco con sus vacilaciones.

-No problomo. Ya te he dicho antes: por mí no hay problema. Nicoleta es libre para hacer lo que quiera. Su vida es su vida. Fuera del horario de trabajo, claro. A mí me interesa sólo el *bisnes*, nada más. Sólo quiero saber dónde está. Porque no vino a trabajar. ¡Spritz! ¡Spritz para todos! –Con un movimiento de la mano llamó a un camarero que salió de no se sabía muy bien dónde y que inmediatamente apareció con una bandeja cargada con una gran jarra de vino blanco mezclado con agua con gas y varios vasos de cristal tan viejos que las rallas servían de camuflaje a la suciedad.- Y ahora, vamos a beber. Bebe y cóntame cuándo habéis visto por última vez.

-Anoche.

-¿Anoche? Da, da. ¿A qué hora? ¿A qué hora habéis visto por última vez?

-No sé, sobre las cuatro o las cinco. No recuerdo muy bien. No sé qué importancia tiene eso ahora. –Un poco harto, bebió un trago largo de aquel calimocho transparente y sintió cómo el alcohol y el gas raspaban su esófago hasta asentarse calientes en su estómago. A ver si al menos esto acaba con mi estreñimiento, pensó con un optimismo injustificado.- Lo importante es saber dónde está ahora, ¿no? No qué hizo ayer.

-Sí, sí. Pero, conta, cóntame. ¿Dónde os visteis por última vez? ¿Qué hora exacta era?

-No lo sé, ya te lo he dicho. Estábamos en Rei Barbut. En una colla del centro.

-Da, da. Ya sé, ya sé. –Le acució, impaciente.- Pero ¿qué hora?, ¿qué hora era?

-Las cuatro o las cinco, no sé. No lo recuerdo. ¡Qué más da! –Le dijo, harto de tanta insistencia con la hora.

-¿Te dio algo? ¿Algún objeto personal? –Le preguntó con una mirada que parecía escarbar en sus entrañas y que lo dejó paralizado, sin saber qué decirle.

-¡Ya te podía esperar yo! Pero bueno, si hay plan alternativo, yo me apunto, oye, y no pasa nada. ¡Y más si hay bebida! –La voz poderosa de Tico Navarro anunció su presencia antes de que se hiciera efectiva antes sus ojos. Para cuando lo tuvo delante, Luis sólo pudo responder con una auténtica expresión de sorpresa a la cara de póquer y sonrisa de cartón de Tico Navarro, un gesto muy suyo que ya conocía de otras veces y que solía venir acompañado siempre de una frase del tipo La hemos cagado, ¿verdad?

-¡Siéntate! –Le ordenó el joven avejentado y el gorila que estaba en la esquina lo cogió de los testículos y de un golpe seco lo clavó en el banco, contrayéndole la respiración y la sangre en sus partes más íntimas.- ¿Quién coño es éste? –le preguntó a Luis con un grito de desprecio.

-Es un amigo. –Contestó con una voz claramente temblorosa y el miedo le dio un giro al estómago en un retortijón de dolor.

-¿Conoces Nicoleta? –Le preguntó esta vez a Tico Navarro, que empezaba a recuperar algo de su color natural.

-¿Nicoleta? –Le contestó todavía con dificultad para hablar.- ¿Quién es?, ¿tu alumna? ¿No me digas que es su novia? ¡Joder, Luis! Si es que tienes un ojo... ¡Ah! -Una suave pero contundente contracción de la mano que todavía le agarraba los genitales le hizo concentrarse de nuevo en la pregunta: Sí, sí. La vi una vez. Ayer, antes de que se marchara con él.

-¿Sabes dónde está? –Acompañó la pregunta con un gesto para que el gorila reforzara la presión sobre sus órganos reproductores y Tico Navarro sólo pudo negar con un movimiento rápido de cabeza, conteniendo la respiración y los ojos que querían salirse de sus órbitas.- Estos dos no nos sirven para nada. Para nada. ¡Mierda! Estamos quemando el tiempo. Será mejor perderlos. ¡Fuera! Sacadlos de mi vista y pegarles una paliza para que volver no quieran. –Con un golpe certero de su pierna movió la mesa medio metro y se levantó para irse.

-Espera. –Le suplicó Luis, movido por una desesperación cardiaca.- No sé dónde está ahora, pero quedamos que si no nos veíamos en el Mesón la encontraría esta noche en la colla Bacalao. Me pidió que fuera a buscarla al acabar su turno, a las dos. Allí la

encontrarás. Y ahora déjanos marchar. Déjanos marchar y no volverás a vernos nunca. Nunca más. Te lo juró. Por favor, por favor.

-Da, da. –El enfado se había borrado de su rostro para dejar paso a la sonrisa falsa que le había mostrado antes y volvió a sentarse como si no se hubiese levantado nunca.- Todo a su tiempo. ¿Para qué tanta prisa? A las dos, has dicho, ¿no? Pues tenemos tiempo. Mucho tiempo. ¡Bebamos! ¡Spritz! ¡Spritz para todos! –Y tras un nuevo gesto imperceptible apareció el mismo camarero con su bandeja cargada de alcohol.

-No, no. Bueno, no. Nosotros nos vamos, nos vamos ya. –A Luis le horrorizó tanto la idea de tener que ingerir otra vez aquel brebaje gaseoso como la amenaza anterior de pegarles una paliza y dirigió su mirada de pánico a Tico Navarro con la vana esperanza de que supiera cómo podían huir de allí.

-De aquí no se va nadie. Hasta las dos no se va nadie. –Les explicó con un ligero tono de enfado su anfitrión.- Ahora, vamos a beber. Todos. Hasta tu amigo. Y después, te acompañaremos con Nicoleta. Así hablaremos a ella. ¡Da! –Eufórico, sirvió más bebida en los mismos vasos sucios, rebasándolos.

-No, es que creo que no voy a ir. Sí, lo he pensado mejor y no, no voy a ir. Quizás podríais ir vosotros y disculpadme. Sí, sí. ¡Eso es! Decidle que lo siento, que no he podido ir. –Intentó levantarse, sin el menor éxito, petrificado como estaba al asiento por los brazos de granito de sus guardaespaldas.

-¡No! –Le gritó claramente contrariado el jefe del grupo.- ¿No vas a ir, has dicho? ¿Qué eres tú? Quedas con una chica guapa y ¿no vas a ir? ¿Pero qué eres tú? Seguro que la tratas así porque es rumana, ¿no? ¡Respectul! –Chilló con una rabia incontrolada que se le congeló en el cuello.

-No, no. Ya te he dicho que no es eso. No es lo que crees. Yo sólo había quedado con Nicoleta por un tema de trabajo. Estoy haciendo una investigación sobre cómo habláis los rumanos. Y creo que es mejor seguir otra línea de trabajo, eso es todo.

-¿Cómo hablamos?, ¿cómo hablamos? ¿Pero tú eres tonto? Para saber cómo hablamos, dice. ¿Que cómo hablamos? Pues como tú, cabrón: ¡por la boca! ¿O no? –Y sin esperar contestación le embutió el cañón de su pistola hasta que notó que tropezaba con la laringe.- ¿Puedes hablar ahora? No, ¿verdad? Porque tienes la boca ocupada. Así que no me pongas a enfadar. –Con un movimiento brusco de su arma le hizo negar con la cabeza y la sacó al fin de su cavidad bucal de un golpe con el que le rasgó en sangre todo el paladar.- Vamos a beber y buscaremos Nicoleta después, como hemos quedado.

Tu amigo se quedará aquí, como seguro. Para que no se te ocurra hacer ninguna tontería. Pero todo eso arribará en el suyo momento. Ahora es tiempo de beber.

Las rondas de aquel veneno espirituoso se fueron sucediendo una tras otra a una velocidad que les pareció de vértigo al principio y que poco a poco se fue suavizando al compás de sus propios movimientos. La marea democrática del alcohol arrasó con todos sus miedos y hasta consiguió que secuestradores y secuestrados se sintieran relativamente cómodos en su mutua compañía y que bromearan incluso sobre el síndrome de Estocolmo y su posible vinculación con el vodka sueco, ¡una mierda de bebida comparada con el burbujeante y sabroso spritz!, en palabras de Tico Navarro, que con su característico sentido de la integración *from lost to the river* se había lanzado a ingerir copas y copas de aquel brebaje y a loar sus cualidades en cada trago. El jefe de la tropa, que les contó que se llamaba Mihai y que llevaba ya cinco años en España, les confesó que sólo el spritz lograba salvarle de la nostalgia que sentía por su tierra y para celebrarlo decidió acompañar cada alabanza de Tico Navarro con un brindis por Rumanía. Así estuvieron tomando hasta que Mihai, pese a su embriaguez, estableció claramente el plan a seguir: Mis queridos amigos. Es tarde, ya. Debemos salir a buscar la bella Nicoleta. Tú irás donde quedaste y la traerás hasta aquí. Ion y Andrei te acompañarán, por si no recuerdas el camino –sonrió–, o por si olvidas que aquí queda tu amigo, conmigo. Me caes bien, Tico, ¿sabes? –ya sin mirar a quienes había despachado con sus órdenes, centró toda su atención en su nuevo amigo de juerga-. Tú y yo quedaremos aquí, bebiendo. Voy a enseñarte a bailar el rap manele. Si te gusta el spritz, espera a bailar con la música de Adrian, el niño maravilla. ¡Eso es lo mejor de Rumanía!

El viaje en la furgoneta de vuelta al centro de Castellón le sirvió a Luis para deshacerse de la mitad del spritz que había ingerido nada más cogieron las primeras curvas. A la primera arcada el matón que respondía al nombre de Ion le empujó la cabeza hacia el suelo del vehículo y allí lo tiró todo, liberándose de la angustia y recuperando una cierta sensación de control sobre los acontecimientos que hacía tiempo que había perdido. El trayecto apenas duró unos minutos. Andrei, sensiblemente afectado por el alcohol, condujo como un auténtico kamikaze, pero, pese a sus indudables esfuerzos por pegarse la piña padre, logró llevarlos sanos y salvos hasta la calle Asensi, donde aparcó montando el coche en un vado. Ion, ve con él y traed la chica. Yo os esperaré aquí, les



dijo y antes de que abrieran las puertas cerró los ojos y empezó a roncar sonora y plácidamente.

Accedieron a la calle Luis Vives por medio de la marabunta humana que se acumulaba en una concentración superior a la de la noche anterior y buscaron inútilmente con la mirada a Nicoleta. Detrás de la barra cuatro chicas se afanaban por atender las peticiones incesantes de la jauría de sedientos demandantes de alcohol, pero ninguna era ella. Ion se quedó en la entrada de la calle y con un gesto imperativo le indicó a Luis que se acercara a averiguar dónde estaba. Tras una carrera de trompicones llegó al fin a la barra de metal donde la había encontrado con esa sonrisa que todavía mantenía grabada en su mente y preguntó por ella en vano: No ha venido. No sé. Quizás esté enferma. No sé si es su turno. Ninguna de las cuatro chicas supo darle razón de ella. Sin saber qué hacer, pidió una copa a la última camarera a la que preguntó, esperando ganar tiempo, y la fue degustando a sorbos lentos, sin atreverse a girarse hacia Ion. Al poco, una voz dulce y conocida lo abordó por la espalda: ¿Ahora bebes sólo?

-¡Nicoleta! ¿Dónde estabas? ¡No sabes la que se ha montado!

-Tranquilo. –Le besó en la boca con suavidad, casi como una madre, y después le hizo callar presionando con el dedo índice en sus labios.- Tranquilo. Ya lo sé todo. O me lo imagino. Ahora serénate.

-¿Qué vas a saber? ¡Tú qué vas a saber! –El alcohol le subió de repente como un mal gancho de derecha y le hizo contestarle con más mala leche de la que sentía.- No tienes ni idea de la que has organizado. ¡Ni puta idea! Uno de mis mejores amigos está ciego de calimocho rumano en un almacén quién sabe dónde. Yo tengo que llevarte hasta allí o no sé lo que le harán. Y un matón de dos metros por dos nos está vigilando desde la esquina de la calle. ¡Ahora, sí! Ahora sí que ya lo sabes todo. Y ya me puedes decir qué coño vamos a hacer, ¿no?

-Tranquilo, tranquilo. –Le contestó sin inmutarse y lo besó con fruición durante un rato largo. No sabía si porque lo deseaba o simplemente para serenarle, pero en cualquier caso consiguió calmarlo y que sus ojos la penetraran de nuevo con la ansiedad del día anterior.- No te preocupes por eso ahora. ¿Has traído mi cartera de Tous?

-¿Qué? –La pregunta lo dejó estupefacto, incapaz de entenderla en ese momento.

-¿Has traído mi cartera de Tous, Luis? –Le insistió Nicoleta con la mayor naturalidad del mundo.

-¿Tu cartera de Tous?

-Sí, te la dejé ayer. Antes de irme. Te la guardé en el bolsillo del pantalón. Pensé que te acordarías. –y le guiñó un ojo, confiando que ese gesto pícaro le refrescara la memoria.

-No. No la he traído. –Luis se palpó los bolsillos con ambas manos, de manera absurda, pues en ese momento recordó que la carterita de marras debía estar en los vaqueros que había tirado al cubo de la ropa sucia.- La olvidé en casa.

-Está bien. No pasa nada. Iremos por ella. Primero habrá que despistar a Ion, pero con el alcohol que lleváis encima será fácil.

-¿Qué? ¿Pero qué dices? ¿Tú no te has enterado de nada o qué? –La zarandeo suave pero contundentemente y por primera vez en las últimas 24 horas la vio de nuevo como una alumna y se dio cuenta de la enorme distancia que había entre ellos.- Tengo que llevarte con tus amigos del almacén o a Tico Navarro le volarán los pocos sesos que le quedan. Te están esperando para que bailes en la barra americana esa que tienen montada. Así que ni monederito ni nada.

-Espera, Luis. –Le pidió con un ligero quiebro en la voz.- No sé qué te habrá contado Mihai, pero no me esperan para hacerme bailar. Me llevé algo que es suyo.

-¡Pues se lo devuelves!

-No es tan sencillo. Primero, porque no lo tengo. Lo tienes tú. Y segundo, porque se lo he prometido ya a otra persona.

-¿Qué? ¿Pero de qué me estás hablando?

-Del monedero, Luis. Del monedero de Tous. Dentro hay una tarjeta de memoria. Una tarjeta pequeñita, de esas de móviles, pero con muchísima información. Uno de los hombres de Mihai se la robó para mí. Y yo te pedí que me la guardaras unas horas, menos de un día. Necesitaba estar libre para poder negociar, para pactar un precio por ella. Llevarla encima era demasiado peligroso para mí. Pero ahora ya tengo un comprador y está esperándola.

-Una tarjeta de memoria, una tarjeta de móvil. –Repitió, sin llegar a entenderlo.- ¿Pero de qué me estás hablando? ¿Qué tiene esa tarjeta?, ¿qué hay dentro?

-Documentos. Correos electrónicos. Y sobre todo códigos, claves. Claves para clonar tarjetas de crédito. Ese es el negocio de Mihai, no la cutre disco donde te llevó. De eso vive. Y muy bien. Los rusos me ofrecieron mucho dinero por esos códigos, mucho. Demasiado. Imposible pagarlo. Pero al final he encontrado otro comprador mejor. Me paga un buen precio y me dará seguridad. Es el que domina el tablero. Al final, todos jugamos para ellos. Así que no le puedo devolver la tarjeta a Mihai. Ya está comprometida.

-No entiendo nada de todo esto. Ni creo que quiera entenderlo, porque me temo que me pondría peor. Pero si quieres tu maldita cartera me vas a tener que ayudar a salvar a mi amigo.

-Está bien, está bien. Tú mandas. –Le dijo al fin tras un breve silencio.- Puede ser peligroso. Tendré que llamar a mis nuevos colegas para que nos echen una mano. Una mano y algo más. –Por primera vez desde su reencuentro, sonrió, pero no con la intensidad que le había atrapado el día anterior, sino de manera distante, como con hielo en los labios.- Recuerda una cosa: pase lo que pase, no le digas a Mihai que tienes la tarjeta. Ni a nadie. Si se enteraran, estás perdido. Te la di yo y sólo a mí me las has de devolver. Esa tarjeta es tu condena y mi salvación. ¿Está claro? –Sin esperar respuesta, cogió su móvil y se apartó unos metros para hacer una llamada.

Andrei los llevó de vuelta al almacén a una velocidad todavía mayor que a la ida. Antes de subir al coche, Ion había insultado con dureza a Nicoleta en su idioma y una vez dentro, mirando a Luis, le preguntó en español: ¿sabes que tu querido Muga ha muerto por tu culpa? Ella encajó el golpe con una mirada dura, pero no al poco rato le empezaron a brillar los ojos. Durante el trayecto nadie más habló, hasta que llegaron a la puerta de la vieja nave agrícola y los dos gorilas los sacaron de la furgoneta a empujones: Mihai se va a alegrar mucho de veros. Sobre todo a ti, ¡gatita! Andrei acercó su rostro al suyo mientras le hablaba como si fuera a besarla, pero cuando acabó la frase le escupió con desprecio.

El antro se había ido animando durante el rato que habían estado fuera y ahora era todo un infierno oscuro en el que retumbaba una pachanga insufrible. La pista de baile se había ampliado hasta ocupar la mitad del local y estaba llena de una tropa que seguía enfervorizada los ritmos machacones de la música. Mihai y Tico Navarro estaban completamente entregados a aquel rap que parecía laminarles el cerebro en cada estrofa, abandonados por completo a su naufragio en Spritz, y no se dieron cuenta de su llegada hasta que uno de los matones que les protegía de la muchedumbre avisó a su jefe con un toque en el hombro. En cuanto los vio, Mihai transformó al instante su cara de borracho impenitente y se revistió de nuevo con la mirada gélida que le mostró a Luis cuando se conocieron. Pero esta vez sólo tenía ojos para Nicoleta. La saludó con dulzura en rumano, pero no obtuvo respuesta, como si la bienvenida no fuera con ella. Encajó el

silencio dolido, pero en seguida recuperó su tono orgulloso y despectivo: ¡Cuánto me place veros! Realmente eres prodigioso, spaniolito. Prodigioso. No pensaba que fueras a traérmela. No. Daba por hecho que íbamos a tener que matar a tu amigo. Y no quería, no, porque nos la hemos pasado bien esta noche, muy bien, ¿verdad? Así que me alegro, me alegro mucho. Ya me dirás cómo lo has conseguido. Cómo has conseguido en una hora lo que mis hombres no han podido en todo un día: encontrar a esta zorra y traerla hasta mí.

-Bueno, yo también me alegro de que todo se haya arreglado. –Le contestó Luis sin atreverse a mirarlo a los ojos.- Y ahora que Nicoleta está aquí creo que Tico y yo nos vamos a ir. Si no hay inconveniente, claro.

-Todo en su tiempo. El spaniolito siempre con prisas, con prisas. Siempre corriendo. Por ahora no se va nadie. ¡Nadie! ¿Entendido? Vamos a celebrar que Nicoleta ha vuelto y después ya veremos. ¿Da? –Levantó la mirada buscando a quien gritarle la palabra mágica hasta que encontró a su fiel camarero: ¡Spritz! ¡Spritz para todos!

-Tenemos que irnos, Mihai. Gracias por todo, pero tenemos que irnos. –La amenaza de una nueva ronda de aquel brebaje gaseado fue suficiente como para que Luis venciera sus miedos y diera un paso para marcharse, pero sus inseparables guardaespaldas lo clavaron al suelo cogiéndolo de nuevo por las muñecas.

-¿Me vas a dar lo que espero, zorra? –Le preguntó Mihai como si estuviesen solos y no hubiese oído la despedida de Luis.- ¿Voy a tener que matar a los spaniolitos también? Supongo que ya sabrás lo que le pasó a Muga, ¿no? Cayó desde un sexto piso. Una mala caída. Muy mala.

-Te confundes de puta. Yo no soy tu madre. –Le soltó con toda su rabia y los ojos otra vez vidriosos.

Mihai se llenó de odio y su brazo se alzó como movido por un resorte. Justo cuando su mano abierta le giró la cara de un golpe, otro ruido aún más ensordecedor estalló en la puerta del garito, reventándola de par en par. Una docena de policías, uniformados con equipo de antidisturbios, entró al trote en el local repartiendo con sus porras sin el menor miramiento. ¡Desalojen, desalojen! Vamos, ¡desalojen!, gritaba uno de los agentes a través de un megáfono por encima de la música, que no tardó en cortarse. Un grupo de seis guardias los rodeó con sus escudos transparentes, mientras que el resto de uniformados seguían vaciando la nave. Ustedes, no. Esperen, por favor, les pidió uno de los policías a Luis y al resto de su grupo. El uso de una expresión de ruego tan educada, en lugar del castizo y característico ¡coño!, le hizo sospechar de la autenticidad de los

nacionales, pero pronto pensó que era un signo más de lo mucho que había avanzado el país.

-Usted, usted y usted se vienen con nosotros. –Les dijo uno de los policías, señalando a Nicoleta, a Luis y a Tico Navarro, que curiosamente se habían puesto agrupado al empezar la redada.- Los demás, desalojen el local, por favor.

Mihai y sus hombres, que instintivamente habían sacado sus armas al empezar todo el follón, se quedaron mirando a los policías sin entender nada de aquellas órdenes y sin saber muy bien si guardar sus pistolas, como si nadie las hubiese visto, o liarse directamente a tiros. Esto no huele bien, murmuró Mihai, quien al fin ató todos los cabos: Nos has vendido, zorra. ¡Nos has vendido!, le gritó a Nicoleta mientras le apuntaba con su automática directamente a la frente, entre sus dos ojos. La revedere, draga, le dijo suavemente, como si recitara una oración, y apretó el gatillo de manera nerviosa varias veces, hasta vaciarle en la cabeza medio cargador. La ráfaga encendió la traca del resto de armas y se desató un tiroteo que se prolongó durante cerca de un minuto y durante el cual Tico Navarro, en un alarde de reflejos impropio de su estado etílico, cogió a Luis del cuello de la camisa y lo arrastró hasta detrás de la barra, donde se protegieron de las balas que se cruzaban en todas las direcciones.

De repente, todo pasó. Sin más. Se hizo el silencio y sólo quedó un intenso olor a pólvora y el incipiente sabor herrumbroso de la sangre clavándose debajo del paladar. Uno de los agentes se acercó hasta la barra y doblándose sobre ella les pidió que salieran. Ya acabó todo. Y así era. Los cuerpos de Mihai, Andrei y Ion, además de los dos guardaespaldas del jefe, yacían junto al de Nicoletta en medio de un enorme charco rojo. Y no eran los únicos. Otros tres uniformados reposaban también con sus vísceras al aire. Tico Navarro no pudo evitar las nauseas y echó la pota nada más ver la carnicería. A Luis le empezaron a temblar las piernas, pero se sentó sobre uno de los barriles de cerveza e intentó serenarse.

-Ya acabó todo. –Les reiteró el guardia, que se había quitado el caso y les clavó una mirada más inquisitorial que tranquilizadora.- Ahora, explíquenme qué hacían aquí. Y de qué conocían a esta gente, por favor. –Tenía un acento extraño gangoso, como extranjero, pero que a Luis le resultó en cierto modo conocido, como si ya lo hubiese oído antes, pero en otra lengua.

-Es una historia un poco rara. –Le confesó Luis.- Yo estaba aquí por trabajo. Soy profesor universitario y estaba haciendo una investigación sobre cómo hablan los rumanos. Él es un amigo. Sólo me estaba acompañando.

-¿Qué? ¿Cómo? –Le preguntó totalmente aturdido por la explicación.

-Soy lingüista. Mi especialidad son las lenguas romances y estoy trabajando en cómo se relacionan las lenguas.

-Entiendo. Ya. Las lenguas se relacionan. –Chasqueó los labios, dudando por dónde seguir.- En cualquier caso, ¿cuál era su relación con ellos? ¿De qué los conocía?

-Ella, Nicoleta, era alumna mía. En la Universidad. Estaba colaborando con mi investigación. Vinimos aquí a conocer nuevos lenguajes. A ver cómo se trabaja el idioma en estos ambientes. El lenguaje del hampa. Ya me entiende.

-¿El hampa? –Preguntó casi sin darse cuenta, pero al segundo pasó de la cuestión.- Entiendo, sí. Entiendo. Cómo rabaja el idioma. –Y en ese momento Luis comprendió que ese acento tenía que ser de Cockney. Sólo un inglés de Londres podía hablar perdiendo todas las tes por el camino. Así que aquellos eran los nuevos colegas de Nicoleta, se dijo. Jodidos ingleses. Siempre queriendo mandar detrás de todo.

-Sí, eso es. Veo que lo ha entendido perfectamente. –Le contestó, pensando que debían salir de allí cuanto antes.- Y ahora, si no tiene más preguntas, creo que mi amigo y yo nos vamos a ir.

-Sí, sí. Sólo una cosa más. ¿Ella no le entregó nada? ¿No le dio ninguna cosa?

-No. –Le mintió, notando sus testículos cabalgar debajo de su mandíbula. Muerta Nicoleta nadie más sabía que él guardaba la tarjeta, pensó, y que era mejor jugársela así que arriesgarse a contarle la verdad a aquel estirado de la *City*.

-Piénselo bien. –Le pidió el inglés mientras apoyaba su pistola Star sobre la barra y le apuntaba con ella de manea distraída.- ¿Seguro que no le entregó nada?

-Sí. Me acordaría. –Le contestó con una voz que parecía que se le escapaba y se mordió los labios para impedir que le temblaran.

-Creo que no me he explicado. –Y para aclarar cualquier equívoco le disparó a la pierna derecha. No directamente, más bien a una distancia prudencial para que la bala sólo le rozara y le quemara una herida a su paso.

-Ooh, oh. –Se quejó con un gemido quedo. No sabía cómo iba a salir de aquella. Si salía con vida quizás la tarjeta contuviese suficientes correos como para poder hacer una investigación en condiciones. Al menos para conseguir los fondos europeos y burlar a

los ingleses. Sí, los malditos ingleses de la Westminster. Pero primero tendría que burlar a estos, se dijo. – No sé nada. No sé de qué me está hablando.

-¿Esá seguro? –Y para reforzar su nueva pregunta le disparó a la otra pierna, también sin apuntar directamente al músculo, sólo para herirle.

-Ooh, oh, -Si salía de aquella con vida seguro que iba a conseguir un gran proyecto, se animó. Un proyecto europeo.- Ooh, ooh, oh. –Boqueó. Y a medida que sus piernas seguían sangrando notó un profundo alivio intestinal. Parecía que al menos había solucionado ya uno de sus problemas.

Francisco Fernández Beltrán

Benicàssim, agosto de 2008.